

BENITO DE NURSIA

**REGLA
DE LOS MONJES**

EDICIÓN BILINGÜE

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2006

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Traducción de Francisco Javier Molina de la Torre
sobre el original latino *Regula monachorum*

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1593-5
Depósito legal: S. 1775-2005
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

INTRODUCCIÓN

BENITO DE NURSIA

«Hubo un hombre de vida venerable, por gracia y por nombre Benito, que desde su infancia tuvo cordura de anciano. En efecto, adelantándose por sus costumbres a la edad, no entregó su espíritu a placer sensual alguno, sino que estando aún en esta tierra y pudiendo gozar libremente de las cosas temporales, despreció el mundo con sus flores, cual si estuviera marchito. Nació en el seno de una familia libre, en la región de Nursia, y fue enviado a Roma a cursar los estudios de las ciencias liberales. Pero al ver que muchos iban por los caminos escabrosos del vicio, retiró su pie, que apenas había pisado el umbral del mundo, temeroso de que por alcanzar algo del saber mundano, cayera también él en tan horrible precipicio. Despreció, pues, el estudio de las letras y abandonó la casa y los bienes de su padre. Y deseando agradar únicamente a Dios, buscó el hábito de la vida monástica. Retiróse, pues, sabiamente ignorante y prudentemente indocto. No conozco todos los hechos de su vida, pero los que voy a narrar aquí los sé por referencias de cuatro de sus discípulos, a saber: Constantino, varón venerabilísimo, que le sucedió en el gobierno del monasterio; Valentiniano, que gobernó durante muchos años el monasterio de Letrán; Simplicio, que fue el tercer superior de su comunidad, después de él; y Honorato, que todavía hoy gobierna el cenobio donde vivió primero».

Con este Prólogo comienza Gregorio Magno el libro II de sus *Diálogos*, que dedica casi íntegramente a Benito de Nursia. Él es la fuente primaria de información sobre el patriarca y legislador del monaquismo occidental. Gregorio no pretende escribir una biografía en el sentido moderno de la palabra, sino más bien mostrar a

sus fieles (los lectores) la imagen de un verdadero santo: un hombre de Dios, un amigo de Dios, que por serlo participa de los dones divinos de poder y de ciencia (milagros, profecías, etc.). El mismo Gregorio nos dice que no se informó acerca de todos los detalles de la vida de San Benito, y que tampoco refiere en su libro todo lo que ya sabía acerca del santo. Para Gregorio, Benito es ante todo el ideal del monje perfecto, y la narración de su existencia es como un programa de vida que presenta a sus lectores.

Como hemos leído, Benito nace en el territorio de Nursia en el seno de una familia acomodada; quizás se pueda retrasar la fecha de su nacimiento, fijado tradicionalmente hacia el 480, una decena de años. Para completar su formación literaria fue enviado a Roma, pero pronto abandonó la atmósfera corrompida de la ciudad para retirarse a la vida solitaria cerca de Subiaco, tras una breve permanencia en Affile.

Durante un corto periodo de tiempo estuvo a la cabeza de un monasterio cerca de Vicovaro; sucesivamente, con el progresivo aumento de sus discípulos, fundó doce monasterios en el valle de Aniene, cada uno de los cuales estaba formado por doce monjes bajo la autoridad del propio abad. Después de las intrigas urdidas contra él, dejó Subiaco, quizás hacia el 529, y se estableció en Montecasino, donde fundó un monasterio sobre un antiguo templo pagano y compuso, al menos en su redacción actual, la *Regla* para sus cenobitas; el rey Totila, deseando conocerlo, fue a buscarlo a Montecasino. Se puede fijar la fecha de la muerte de Benito probablemente alrededor del 547.

LA «REGLA DE LOS MONJES»

La obra fundamental de Benito de Nursia es la *Regla* que, introducida por un prólogo, se compone de setenta y tres capítulos y sintetiza el itinerario espiritual del regreso hacia Dios por medio de la obediencia (a la que se dedica el capítulo 5), bajo la guía de Cristo, a cuyo amor no se debe anteponer nada (cf. los capítulos 4 y 72). Es notable la insistencia sobre la humildad, de la cual se deriva la total disponibilidad a conformar la propia voluntad con la

de Dios. La comunidad cenobítica ideada por san Benito se funda en la autoridad del abad, al cual se someten los monjes, vinculados al propio convento por el voto de estabilidad; en la espiritualidad benedictina son esenciales la celebración del oficio divino y la síntesis equilibrada entre la oración y el trabajo, sobre todo manual, pero también intelectual, centrado en la lectura de los textos sagrados (cf. el capítulo 48).

Las fuentes de la *Regla* se pueden encontrar en la Escritura y además en Pacomio, Basilio, las *Vitae Patrum*, Agustín y Casiano; queda abierta todavía la cuestión bastante discutida de las relaciones entre la *Regla* benedictina y la *Regula Magistri*, que, según la opinión tradicional, sería posterior, pero que diversos estudiosos consideran sin embargo anterior a la primera. El principal mérito de la *Regla* de san Benito parece consistir sobre todo en haber realizado una síntesis perfecta de las experiencias monásticas precedentes, manifestando gran sabiduría, moderación y equilibrio en la organización de la vida cenobítica.

[Tomado de S. Zincone, *Benito de Nursia*, en *Diccionario patristico y de la antigüedad cristiana*, Sígueme, Salamanca 1991.]

REGLA DADA POR SAN BENITO
A LOS MONJES

Texto latino
según el manuscrito de Sankt Gall

PRÓLOGO

¹ Escucha, hijo, los preceptos de un maestro, e inclina el oído de tu corazón; acoge de buen grado la advertencia de un padre solícito, y cúmplela verdaderamente. ² De ese modo, esforzándote en obedecer regresarás a Aquel de quien te habías alejado a causa de tu desidia a la hora de obedecer. ³ Por lo tanto, me dirijo ahora a ti, quienquiera que seas, que renuncias a tu propia voluntad para servir al rey verdadero, Cristo el Señor, blandiendo las potentísimas y excelentes armas de la obediencia.

⁴ En primer lugar, pide insistentemente con una oración constante que él lleve a su término toda obra buena que te dispongas a hacer, ⁵ de modo que Aquel que se dignó contarnos entre el número de sus hijos, no deba entristecerse nunca por nuestras malas acciones. ⁶ Así pues, debemos obedecerle en todo momento a causa de los dones que nos ha concedido, ⁷ no sea que, como un padre enojado, desherede a sus hijos, ni que, como un señor temible, irritado por nuestras maldades, nos entregue al castigo eterno como a siervos inútiles que no quisieron seguirle a la gloria.

⁸ Levantémonos, pues, finalmente con el estímulo y las palabras de la Escritura: «Ya es hora de despertarnos del sueño», ⁹ y con los ojos abiertos a la luz divina, escuchemos atónitos la voz divina que diariamente nos advierte a gritos diciendo: ¹⁰ «Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón». ¹¹ Y otra vez: «Quien tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias». ¹² ¿Y qué dice? «Venid, hijos, escuchadme; os instruiré en el temor de Dios». ¹³ «Corred mientras tenéis luz, para que no os envuelvan las tinieblas de la muerte».

¹⁴ Y el Señor, que busca un obrero en medio de la muchedumbre del pueblo a la que dirige estas palabras, dice: ¹⁵ «¿Quién es el hombre que ama la vida y desea ver días felices?» ¹⁶ Si tú, al oírlo,

respondes: «Yo», Dios te dice: ¹⁷ «Si quieres poseer vida eterna y verdadera, guarda tu lengua del mal, y que tus labios no pronuncien mentira. Aléjate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela». ¹⁸ Y cuando lo hayáis hecho, mis ojos estarán fijos en vosotros, y mis oídos escucharán vuestras súplicas, de modo que antes de que me invoquéis, os diré: «Aquí estoy».

¹⁹ Queridísimos hermanos, ¿qué es más dulce para nosotros que esta voz del Señor que nos invita? ²⁰ He aquí cómo en su bondad el Señor nos muestra el sendero de la vida. ²¹ Por lo tanto, ciñéndonos la cintura con la fe y la práctica de las buenas obras, y guiados por el Evangelio, sigamos sus caminos, para que merezcamos contemplar en su reino a Aquel que nos llamó.

²² Si queremos morar en el tabernáculo de dicho reino, recordemos que no se llega allí sin correr obrando el bien. ²³ Pero preguntemos con el profeta al Señor diciéndole: «Señor, ¿quién habitará en tu santuario? ¿Quién descansará en tu monte santo?» ²⁴ Tras preguntarle, hermanos, escuchemos al Señor, que nos responde y nos muestra el camino hacia el santuario mismo ²⁵ diciendo: «El que anda sin pecado y obra la justicia; ²⁶ el que dice la verdad en su corazón, y su lengua no profesa la mentira; ²⁷ el que no hace daño a su prójimo ni acepta afrentas contra él». ²⁸ El que, sugiriéndole algo el malvado diablo, al punto aparta de su corazón sus sugerencias «reduciéndolas a la nada», toma esos pensamientos que están naciendo, y los rompe contra Cristo. ²⁹ Éstos, temerosos del Señor, no se engríen de la observancia de las buenas obras, antes bien, considerando que aun lo bueno que ellos poseen no es obra suya, sino del Señor, ³⁰ engrandecen al Señor que actúa en ellos, diciendo lo mismo que el profeta: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria». ³¹ Del mismo modo, tampoco el apóstol Pablo se atribuía su predicación a sí mismo, y decía: «Soy lo que soy por gracia de Dios». ³² Y otra vez dice: «El que se gloria, que se gloríe en el Señor». ³³ Por eso dice también el Señor en el evangelio: «Quien escucha estas palabras mías y las cumple se asemeja a un hombre prudente que edificó su casa sobre piedra; ³⁴ vinieron las crecidas, soplaron los vientos y embistieron contra aquella casa, pero no se cayó, porque estaba fundada sobre roca».

³⁵ Después de decir esto, el Señor espera que respondamos diariamente con obras a sus santos consejos. ³⁶ Por eso, para corregirnos de nuestros males, se nos dan de plazo los días de esta vida, ³⁷ de acuerdo con lo que dice el apóstol: «¿No sabes que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento?». ³⁸ Pues el Señor clemente afirma: «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva».

³⁹ Así pues, hermanos, después de haber preguntado al Señor sobre quién habitará en su santuario, oímos lo que hay que hacer para habitar en él, a condición de cumplir las obligaciones del morador. ⁴⁰ Por lo tanto, preparemos nuestros corazones y nuestros cuerpos para servir bajo la santa obediencia de los preceptos.

⁴¹ Y roguemos al Señor que ordene que su gracia venga en nuestra ayuda, para cumplir lo que nuestra naturaleza por sí sola no puede. ⁴² Y si queremos huir de las penas del infierno y llegar a la vida eterna, ⁴³ mientras haya tiempo, estemos en este cuerpo y podamos cumplir todas estas cosas a la luz de la vida, ⁴⁴ hemos de apresurarnos y llevar a cabo de forma inmediata lo que nos aprovechará eternamente.

⁴⁵ Vamos a establecer, por consiguiente, una escuela del servicio del Señor. ⁴⁶ En dicha institución esperamos no establecer nada que sea duro o gravoso. ⁴⁷ Pero si siguiendo el dictado de la recta razón, para corregir los vicios o para conservar la caridad, se dispone algo más riguroso, ⁴⁸ no abandones enseguida, lleno de temor, el camino de la salvación, porque éste no puede comenzar sino con un inicio estrecho.

⁴⁹ Mas cuando progresamos en la vida monástica y en la fe, con el corazón ensanchado corremos por el sendero de los mandamientos de Dios, con el dulzor inefable del amor. ⁵⁰ De este modo, no apartándonos nunca del magisterio divino y perseverando en su doctrina en el monasterio hasta la muerte, participaremos mediante la paciencia en los sufrimientos de Cristo, a fin de merecer también ser partícipes de su reino. Amén.

[Fin del prólogo]